



“Segundo Congreso de Estudios sobre el Peronismo (1943–1976)”

Eje Temático: CULTURA

Autor: FACUNDO JUAN JUDEZ (DNI 30333308)

Profesor Universitario de Historia - UBA (Título en trámite)

facundo_judez@yahoo.com.ar

Título del trabajo: “Peronismo de Base y Fuerzas Armadas Peronistas: itinerarios de un aprendizaje alternativo”

En *Resistencia e Integración*, Daniel James, al introducir al lector en el legado complejo del peronismo, señala como su tensión principal el conflicto entre su significado como movimiento social y sus necesidades funcionales como forma específica de poder¹. La importancia de dicho significado no debe ser soslayada en todo trabajo que problematice el desarrollo de las luchas de la clase obrera argentina, precisamente porque una porción importante de la misma ha profesado una y otra vez una adhesión profunda a aquel movimiento. La riqueza del análisis deviene todavía más importante al percibir cuán inextricablemente unida se haya esa adhesión a la experiencia de la lucha en la cual la clase va construyéndose a sí misma y cómo a su compás, van mutando los términos de la primera.

En este estudio ensayaremos un acercamiento tangencial a esta gran problemática, a partir de una porción insatisfactoriamente explorada del peronismo revolucionario de fines de los ´60 y principios de los ´70. La particularidad de las FAP-PB que la toman apropiadas para este ejercicio analítico reside en su diferenciación con respecto al conjunto de organizaciones enroladas en aquella familia, en dos puntos centrales. En primer lugar, la paulatina pero importante mutación que a lo largo de sus desarrollos ha observado la composición social de su militancia, desde una predominancia pequeño burguesa en sus orígenes, hacia una sustancialmente obrera para principios de los ´70. En segundo lugar, la capacidad que han poseído a contramano de los “requerimientos” de la coyuntura seguidos a raja tabla por Montoneros, de generar una *apropiación alternativa* del legado peronista teñida de elementos basistas y connotaciones clasistas. Echar luz sobre nuestro objeto de estudio a la vez se vuelve significativo para repensar en términos más genéricos al peronismo como movimiento social y la increíble potencialidad de dotaciones diferenciales de sentido que históricamente ha sabido generar.

El fenómeno de las “orga” ha sido analizado en gran parte de la literatura especializada siguiendo una matriz reduccionista que obtura la complejidad del período privilegiando los casos de Montoneros y PRT-ERP como las dos “sendas” hacia la revolución. La trama argumentativa de estos trabajos tiende con frecuencia además a trocar la investigación histórica en un ejercicio de diagnóstico política, que en el caso de Montoneros se inclina a la comprobación de los presupuestos límites de la ideología peronista toda en tanto alternativa social superadora².

Quien sorteaba felizmente este atolladero es Daniel James en un pionero trabajo titulado “The Peronist Left”. La tesis central se basa en la inexistencia de un desarrollo político e ideológico autónomo por parte de la izquierda peronista, esto es, la incapacidad de trascender la dicotomía Perón – anti Perón, en parte por el basamento esencialmente sindical de aquella izquierda (que le dificultaba lograr una construcción política que fuera más allá del plano estrictamente corporativo) y en parte por la propia concepción que del movimiento infundía su creador³. Aún en *Resistencia e Integración*, pese a tratarse de un trabajo de mayor envergadura y exhaustividad documental, vuelven a parecer las referencias sobre la heteronomía de la izquierda peronista.

En relación a nuestro objeto de estudio, se destaca la obra de Cecilia Luvecce, *Las Fuerzas Armadas Peronistas y el Peronismo de Base*, quien retomando a James, ha buscado qué componentes del legado peronista fueron imputados de un sentido divergente en las experiencias de los trabajadores y cómo el PB pudo, a diferencia de las FAP, llevar exitosamente a la práctica su prédica basista. Refutando esta división tajante, Marcelo Raimundo ha destacado la fuerte divergencia que en ambas organizaciones se dio entre los casos regionales y ha demostrado cómo a partir de 1973 las FAP-PB en forma conjunta se abocaron predominantemente al trabajo de base⁴. Por último, en el artículo que introduce la compilación documental realizada junto a Duhalde, Eduardo Pérez construye un recorrido histórico en el cual su costado militante explícito, lejos de comprometer el análisis, aporta determinadas claves invaluable acerca del contenido evanescente propio de la experiencia⁵.

En las líneas siguientes haremos foco en los años posteriores a la operación de Taco Ralo, cuando comienza a perfilarse al interior de las FAP un profundo proceso de debate en torno a la estrategia, la caracterización de Perón y del peronismo, la concepción del objetivo de la revolución y el actor social que hegemonizará el proceso. El punto de llegada será el lanzamiento conjunto con el PB hacia 1973 de un proyecto revolucionario centrado en la hegemonía de la clase obrera (la “Alternativa Independiente”), con todo lo que ello significa en el marco de la vuelta de Perón al poder.

Apoyándonos en la matriz causal que sobre este viraje comparten Luvecce, Raimundo y Pérez, esto es, la progresiva entrada hacia fines de la década de 1960 en las FAP-PB, de cuadros provenientes del sindicalismo con una larga tradición de lucha (CGTA, clasismo cordobés y

sindicalismo de liberación) y la predominancia que lograron sobre los componentes pequeño burgueses fundadores (reclutados en el ámbito estudiantil entre otros); intentaremos ir más allá afín de captar a los trabajadores reales tal cual se relacionan entre sí cotidianamente y en sus enfrentamientos con los sectores patronales, y sortear así el peligro de caer en un presupuesto esencialista sobre la clase obrera como ontológicamente revolucionaria. En suma, buscaremos recuperar los trazos y el significado de la *experiencia acumulada*, profusamente mencionada en las fuentes de las FAP-PB.

NACIMIENTO Y OCASO DE UN RÉGIMEN BUROCRÁTICO AUTORITARIO

El golpe de Estado del 28 junio de 1966 abre en la historia argentina contemporánea una etapa de gran significación en el plano de los movimientos sociales dada la condensación en pocos años de elementos de oposición de larga data, su articulación con nuevos actores portadores de contenidos ideológicos y políticos de igual signo y la inédita tónica radicalizada que impregnó toda la época. Diversos autores han auscultado la política económica de la Revolución Argentina desde el proyecto de la fracción monopólica y transnacionalizada del capital de cerrar la crisis de hegemonía y de acumulación puesta de manifiesto ya en 1955 y pronunciada en la década siguiente, cuya manifestación más palpable era el constante penduleo que en el plano de la sociedad civil se daba en las alianzas entre las clases sociales⁶. Analicemos entonces los cambios que se produjeron en la relación entre el Estado y los sindicatos, y el impacto de los mismos en el problemático vínculo entre la cúpula sindical y las bases obreras.

Luego de la derrota sufrida por el movimiento obrero en 1959, aquel fue adoptando poco a poco una postura defensiva. Al compás de otros elementos estructurales que empujaban a los sindicatos a convertirse en vastos aparatos⁷, la línea radicalizada de la Resistencia fue cediendo su lugar a una paulatina reabsorción del sindicalismo como un “factor de poder” en el orden posperonista; las reivindicaciones ideológicas de largo plazo propias del período ‘55-’59, dieron paso a la sectorialización y “monetarización” del descontento obrero⁸. Claro que este esquema vandorista de presión / negociación dependía para su concreción de dos elementos centrales; el primero, que los líderes sindicales se encontraran con “un juego político relativamente abierto que obligara a los gobiernos y a quienes se colocaban en la oposición a solicitar su apoyo o neutralidad”⁹ y segundo, que la cúpula sindical demostrara una capacidad probada de ponerse a la cabeza de la clase obrera y “domesticar” sus movimientos más intransigentes.

La liquidación de las convenciones colectivas, la puesta en acción inmediata del Consejo Nacional de Seguridad y la aplicación sistemática de los planes de racionalización de las dependencias públicas, junto al retiro de la personería gremial y la incautación de fondos de sindicatos de varios sectores de la producción (textil, azucarero, telefónico, etc.), eran claras señas sobre la imposibilidad

del cumplimiento de la primera de aquellas dos condiciones. La segunda de éstas no tardaría en zanjarse también por la negativa. La incapacidad de la dirigencia sindical de vehicular el larvado descontento de las bases obreras desencadenó entonces una inusitada crisis de liderazgo. Ésta tuvo la particularidad inédita de manifestarse en la articulación de importantes cambios en las alturas con una intensa conflictividad a nivel de empresa, dotada de una tónica denodadamente antiburocrática.

De estos conflictos a nivel de la base, el que más profusamente ha sido relevado por la literatura histórica ha sido el caso tucumano. El conflicto comenzó en agosto de 1966 a raíz de la intervención estatal de ocho ingenios y rápidamente adquirió tonos virulentos con tomas, sabotajes y quemas de cañaverales. Una de las publicaciones que más de cerca ha seguido el conflicto, *Cristianismo y Revolución*, nos revela dos elementos claves a partir de los testimonios de los trabajadores y dirigentes azucareros; el primero de ellos, la necesidad que éstos encuentran del surgimiento de un movimiento de base a raíz de la claudicación de parte de la cúpula sindical, y el segundo, las potencialidades de estas nuevas formas de lucha en tanto buscan tender lazos con el resto de la comunidad, afín de ampliar la repercusión de sus reivindicaciones. Nos interesa subrayar esto, pues ambos elementos serán recuperados por las FAP-PB como elementos fundantes de su accionar.

La importancia de la resistencia de los trabajadores de la industria azucarera tucumana trasciende el caso concreto, pues fue una de las regiones del interior del país donde mayor expansión tuvo la CGT de los Argentinos y donde se dio asimismo, relacionado con esto último, uno de los focos de mayor predicamento y radicalización a nivel de las bases trabajadoras por parte las organizaciones que aquí estudiamos. En el periódico oficial de la nueva central, se apela a un discurso de ribetes morales y de denuncia a los dirigentes sindicales traidores, que iza como estandartes los Plenarios de La Falda y Huerta Grande. La apuesta central de la CGTA es convertirse en el bastión de una oposición a la Revolución Argentina más vasta y de nuevo tipo, a la cual interpela con un tono acorde con lo que venimos viendo en estas líneas. En palabras de su secretario general, Raimundo Ongaro:

“Las direcciones indignas deben ser barridas desde las bases. En cada comisión interna, cada gremio, cada federación, cada regional, los trabajadores deben asumir su responsabilidad histórica hasta que no quede un vestigio de colaboracionismo ni participacionismo”¹⁰.

Vimos ya ciertos elementos de impugnación a los sectores encumbrados del sindicalismo de parte de las bases; ahora nos encontramos con un movimiento de oposición en “las alturas” que pretende articular ese profundo y extendido malestar de los trabajadores, y que invoca como camino necesario para la única meta (la liberación social) la unidad desde la base por parte de la clase obrera. Esta unidad es una cuestión imprescindible pues existe en el movimiento obrero según Ongaro una suerte de contradicción estructural que imposibilita la expresión de los intereses de la clase, “dos camisetitas, la de los que ponen el pecho por la liberación y no quieren arreglo y otra, la de los que no

saben vivir con dignidad”¹¹. En los párrafos siguientes veremos cómo esta dualidad recubierta de tonos morales aparecerá en las plataformas iniciales del Peronismo de Base y cómo al compás de la evolución de los conflictos sociales irá adquiriendo contornos más definidos hasta convertirse, una vez producida la unificación con las FAP, en el elemento constitutivo de su concepción política.

Pero antes de acercarnos a las tensiones y discusiones al interior de las FAP y su paulatino acercamiento con el PB, es preciso completar el cuadro de “rebeldía social” que marcó el inicio del ocaso de la Revolución Argentina, haciendo referencia claro está, al clasismo y al sindicalismo de liberación. La multiforme conflictividad social del Cordobazo, los sucesos contemporáneos de la petroquímica PASA o la participación de los gremios SITRAC - SITRAM en el “Viborazo” de marzo de 1971 reúnen una cantidad de cuestiones tal que resultarían inabarcables. Aquí sólo nos detendremos en algunos de los puntos en común que presentaron estos tres episodios. Todos tienen un punto de partida común referente a la intención de la patronal de modificar unilateralmente los ritmos y el proceso de trabajo en general¹². Asimismo, una vez planteadas las reivindicaciones en torno a las condiciones de trabajo y sufrida la “traición” de los dirigentes sindicales de empresa o seccionales, las movilizaciones adquieren un talante francamente antiburocrático. Así, como argumenta Daniel James en *Resistencia e Integración*, no sólo se impugnaba un modelo de dirigencia sindical sino también las características del gobierno interno de los gremios; los liderazgos alternativos surgidos desde las bases aparecen en las fuentes con un vocabulario que vimos ya presente en las invocaciones de Ongaro: una dirección *honest*a, que “significaba ante todo democracia y prontitud de respuesta a las necesidades de las bases”¹³. Para la misma época, Mario Aguirre, un dirigente de los trabajadores del Estado de Rosario se expresaba en estos términos:

“A mi juicio, la relación de sus cuerpos de dirección para los compañeros de base, debe ser: real, honesta auténtica y pura, y por sobre todo que sus representantes *sientan internamente y externamente el permanente deseo y clamor reivindicativo en lo social, económico y político que sienten sus compañeros de la fábrica*”¹⁴.

“UN APRENDIZAJE DURO PERO FORTALECEDOR, SOLOS DESDE EL '55”. LA EVOLUCIÓN DE LA CONCEPCIÓN POLÍTICA DE LAS FAP Y EL PB.

En este marco de gran radicalización social, es impensable que las FAP y el PB recorrieran la coyuntura sin evidenciar tensiones, rupturas y reposicionamientos ideológico – tácticos en su seno. Nuestro punto de arranque es el fracaso del lanzamiento de la operación de Taco Ralo en 1968. El grupo original se había formado en base a determinados acuerdos programáticos en torno a la caracterización del peronismo como movimiento de liberación nacional, al convencimiento en la práctica foquista de la lucha armada, y sobre todo, a la meta que se proponían. En setiembre de 1969, en un documento titulado “Un año de Taco Ralo”, se llama a la puesta en vigencia de “una patria justa,

libre y soberana que los argentinos anhelamos”, porque los enemigos centrales son la oligarquía, el imperialismo y las fuerzas armadas¹⁵. En principio, todo parecería confirmar que para esta etapa las FAP se encuentran cercanas al movimentismo propio de Montoneros o Descamisados.

Sin embargo, ya se hallaban presentes en el discurso ciertos elementos de tensión con la figura de un peronismo revolucionario *in toto*. En “¿Por qué somos peronistas?”, documento inmediatamente posterior a los sucesos de Taco Ralo, ya se enuncian elementos antiburocráticos y críticos con respecto al papel que pudiera cumplir la burguesía en un proceso de liberación nacional, abriendo las puertas para la detección futura de un componente contrarrevolucionario al interior del peronismo. Este componente hace necesario entonces que desde el seno del peronismo nazca la vanguardia revolucionaria capaz de conducir al pueblo trabajador hacia la tríada clásica peronista.

A lo largo de todo 1970 comienzan a darse al interior de las FAP, fuertes debates sobre la metodología a emplear, la coyuntura y el tipo de organización. Los desarrollos regionales contemporáneos de las FAP y su paulatina vinculación con experiencias similares del PB, cumplen un gran papel en el socavamiento de los viejos presupuestos. En el caso tucumano, según Eduardo Pérez, “no hay una línea directa entre Taco Ralo y la expresión tucumana de las FAP Nacional, sino que ésta es expresión del desarrollo del PB”¹⁶, una experiencia fuertemente ligada a las bases obreras y al conflicto azucarero, a la oposición a la dirigencia de FOTIA y a los primeros movimientos de la CGT de los Argentinos¹⁷. El acercamiento a las FAP se producirá recién hacia 1971, cuando éstas hayan adoptado la “alternativa independiente” y se hagan conocer como FAP Comando Nacional.

En el caso de Córdoba, a diferencia de Tucumán, hay ya inicialmente un intento de acercamiento de parte de integrantes de las FAP, que se dirigen allí, poco tiempo después de Taco Ralo, con el objetivo de construir una regional, acicateados por el estado de rebeldía de esta provincia. Son militantes de formación intelectual inspirada en el cookismo (Acción Revolucionaria Peronista) que han hecho su ingreso a las FAP poco tiempo antes y que pertenecen al Bloque de Zona Sur de la CGT de los Argentinos. De este grupo, conocido como el “Grupo Avellaneda” se destaca Raimundo Villaflor¹⁸. Si bien los testimonios destacan cierta actividad de este grupo durante el Cordobazo, la participación más importante en el acontecimiento pertenece a otro grupo de activistas pertenecientes al Peronismo de Base cordobés, de filiación cristiana, cuya constitución se vincula estrechamente al trabajo en barrios y fábricas.

Encontramos entonces como en Tucumán, desarrollos originariamente paralelos atados a conflictos sociales locales, que luego tienden a desembocar en una única organización; la confluencia del PB cordobés con las FAP Nacional también se producirá hacia 1971. La unicidad del PB en Córdoba, destacada por la bibliografía especializada, reside en la radicalidad de su formación ideológica. Un indicio claro en este sentido es el gran desarrollo que posee en los sindicatos de planta

de Fiat, que lo llevó a desempeñar un papel fundamental en el Cordobazo y sobre todo en el Viborazo. De hecho, en el Plenario de Sindicatos y Grupos Combativos realizado en Córdoba en 1971, el Peronismo de Base sostuvo la posición de los sindicatos clasistas¹⁹.

En otro plano de análisis, el giro ideológico se vio sobredeterminado por la aceleración propia de la coyuntura. El Cordobazo primero y la serie de levantamientos obreros que azotaron al interior del país, junto con la llegada al gobierno de Lanusse y el tímido ensayo de apertura electoral, habían alterado los supuestos sobre los cuales habían fundado su accionar las FAP en los primeros tiempos. En septiembre de 1970, *Cristianismo y Revolución* da a conocer una entrevista titulada “12 preguntas a las FAP” donde se indagan con cierta profundidad la posición política de la organización en la coyuntura del país. A diferencia de los documentos de 1968-1969, la liberación nacional trasciende los contornos de la patria socialmente justa, económicamente libre y políticamente soberana, y reclama la “liquidación de las estructuras capitalistas”²⁰. Si bien aún no se hace mención al papel de Perón en el proceso, poco a poco, se van recortando dos posiciones contrapuestas al interior de las FAP, los “movimientistas” que se reclutan sobre todo en el plano universitario y serán conocidos luego como los “oscuros” y los “alternativistas” o “iluminados”; los primeros, sosteniendo la concepción de un peronismo revolucionario en su totalidad al cual se valora en su unidad como movimiento (más allá de la presencia de burócratas “traidores”), y los segundos, señalando la necesaria hegemonía de los trabajadores en el proceso, a partir de sus propias organizaciones de clase²¹.

La coexistencia de ambas posiciones tendrá ocasión de estallar una vez que la organización decida darse un encuadre ideológico más orgánico. En el “Documento Político Nº 1” (enero 1971), además del énfasis en el carácter socialista de la liberación²², aparece aquí “oficializada” una posición que vimos ya en “¿Por qué somos peronistas?”: la concepción del peronismo histórico como un frente de clases que hacia 1955 se ha roto en dos posiciones antagónicas, “una que exige la profundización del proceso y otra que confía en la continuación del mismo por idénticos cauces”²³. Si bien rápidamente se advierte que la clase obrera es la única capaz de ocupar la primera posición, lo verdaderamente novedoso es que para ello debe despojarse de todo vínculo con la burocracia sindical²⁴.

La radicalidad de esta posición que pugna por un punto de partida organizativo *desde las bases* ajena a las estructuras político – sindicales se revela en todo su esplendor al revisar el contexto preciso en que es lanzada, aquél de una inminente reinserción del peronismo al sistema, para la cual los llamamientos del General iban claramente en el sentido de cerrar las filas del movimiento. De hecho, este análisis que abreva en J. W. Cooke, contrasta fuertemente con el punto de vista contemporáneo de Montoneros, donde la burocracia representaba un exponente de corrupción moral de los ideales justicialistas cuyo antídoto sería el copamiento del movimiento por parte de una nueva generación militante (“trasvasamiento generacional”) portadora de una actualización doctrinaria del peronismo²⁵.

Respecto del rol de Perón en el proceso, en una fuente algunos meses posterior, la “Ampliación del Documento Político Nº 1”, reflexionando sobre las distintas posiciones que a juicio de las FAP desempeñaron cada uno de los sectores del movimiento peronista durante el onganato y con el lanzamiento del GAN²⁶, se asigna a Perón el papel de jaqueador del sistema en tanto “garantiza con su presencia viva la unidad política de todo el movimiento”²⁷. La hegemonía del proceso de todas formas deberá recorrer otro sendero, pues “sólo con nuestras armas y sobre nuestros hombros –los de los trabajadores- iremos construyendo el ejército del pueblo [...]”²⁸.

Pese a que el lanzamiento de la Alternativa Independiente recibe un amplio eco en los sectores que más consecuentemente han mantenido prácticas antiburocráticas (PB de Córdoba, ex militantes del ARP en Mar del Plata que crearon el Movimiento de Bases Peronistas, personajes identificados con los restos de la CGTA como Di Pascuale y Villaflor), el apoyo no puede evitar los desmembramientos internos. Una primera sangría como dijimos, se produce con la separación de sectores universitarios (“los oscuros” o movimientistas) que al poco tiempo se integraran a las FAR y Montoneros, afianzando a la postre el núcleo duro alternativista, vinculado con Villaflor y el bloque sur de la ex CGTA. Un nuevo debate en el marco de las elecciones que consagrarían a Cámpora presidente dejaría como saldo la última ruptura importante de la organización²⁹ y la formación definitiva de las FAP Comando Nacional, teniendo como principal referente a Villaflor. Finalmente se arriba a cierto consenso en cuanto a la metodología y el carácter del proceso histórico puesto en marcha:

“En lo político una reafirmación de la lucha antiburocrática y de la lucha armada; el descarte de toda pretensión de influenciar desde adentro de las estructuras del Movimiento Peronista; el centrar el accionar en la necesidad de la construcción de la herramienta de poder propio de la Clase Obrera y el Pueblo Peronista, y en general, una posición crítica en torno a la salida electoral en marcha”³⁰.

Antes de elaborar una articulación teórica más acabada, nos resta desarrollar quizás la parte más rica del período histórico; el momento preciso en que nuestros actores descubran que la profundización de la revolución marcada a fuego en sus proclamas iría a contramano del sentido que habría de imprimirle la persona por cuyo retorno habían luchado desde 1955 y de la cual creyeron que sería el conductor de su destino libertario.

ENCRUJADAS Y DILEMAS DEL TERCER PERONISMO.

En *Retorno y derrumbe*, un agudo análisis del período '73-'76 en clave gramsciana, Liliana De Riz analiza el proyecto de Perón desde la necesidad de institucionalizar la lucha de clases en la Argentina. Un aspecto esencial para lograr el “reconocimiento común de un sistema político como espacio legítimo para dirimir los conflictos sociales”³¹ lo constituye la “democracia integrada”, un ejercicio de ingeniería política que combina la representación partidaria con la participación de los

“factores de poder” por canales no pretorianos³². La piedra basal de esta participación corporativa es el “Pacto Social” firmado entre la CGT y la CGE en junio de 1973. La contrapartida económica de este pacto institucional será el Plan Trienal 1974-1977. Si bien el plan Gelbard contenía diversas medidas que atendían a dimensiones más estructurales de la economía³³ y que pretendían reeditar el esquema de la tercera posición, nos ocuparemos específicamente de la política de ingresos del gobierno peronista pues constituye una puerta de entrada ideal para calibrar la conflictiva relación entre el Estado, los sindicatos y las bases obreras. La cuestión a trabajar en el fondo es dilucidada meridianamente por Torre:

“Los partidos políticos y las asociaciones profesionales no habían sobrevivido indemnes a la agresión del orden autoritario impuesto por el presidente Onganía. Ahora que abandonaban su reciente pasividad para sentarse a la mesa de los acuerdos, ¿podrían recuperar el monto de poder social que se había acumulado al margen de ellas y permanecía en su periferia, como un residuo político irreductible a la negociación y el compromiso?” (Torre, J.C.; *Los sindicatos en el gobierno*).³⁴

La política de ingresos del Pacto Social apuntaba decididamente a acabar con las disputas históricas en torno a la distribución del ingreso, fijando un aumento único del 20% de los salarios, a cambio de un rígido sistema de fiscalización de precios y principalmente, de una suspensión de las negociaciones colectivas por los siguientes dos años. En el corazón de estas medidas, se hallaba implícita una renuncia por parte de la burocracia sindical de lo que había sido durante las administraciones anteriores su más poderoso caballo de batalla. Las recompensas de esta pérdida no tardarían sin embargo en llegar. La burocracia sindical se haría pronto con porciones cada vez mayores de poder dentro del esquema de fuerzas del movimiento, en un juego de suma cero que ofrecía su contrafaz en la pérdida progresiva de influencia de parte de los sectores de la juventud peronista.

El paso central en este sentido se produjo en noviembre de 1973, con la sanción de reformas a la Ley de Asociaciones Profesionales (14.455), las cuales, al ilegalizar los sindicatos de empresa (restableciendo el sindicato única por rama) y al habilitar a las instancias superiores a intervenir en las secciones locales entre otros puntos, escondían mal un franco intento de fortalecer las posiciones de arriba frente a la creciente indocilidad de abajo. Los instrumentos de acción puestos en las manos de la burocracia sindical serían de invaluable utilidad en los meses venideros para reforzar su poderío frente a los diversos frentes de oposición gremial (mecánicos, electricistas y gráficos), en connivencia con un gobierno que comenzaría a virar decididamente hacia la derecha con la muerte de Perón.

MÁS ALLÁ DEL PACTO SOCIAL

La deseada estabilidad para la cual se había creado el Pacto Social, rápidamente comenzó a mostrar sus fisuras. Aquel elemento de punto de partida del proyecto de Perón, fortalecer el Estado *vis*

a *vis* las clases sociales, se vio trunco desde el momento en que las organizaciones que el proyecto suponía canales y representantes legítimos de las clases sociales en pugna, la CGT y la CGE, fueron incapaces de comportarse como tales. En lo que aquí nos interesa, la burocracia no pudo recuperar el monto de poder que se había acumulado al margen de ella y, cuando intentó más tozudamente llevarlo a cabo, hizo su parte para la debacle final del proyecto de Gelbard.

Entre mediados de 1973 y principios de 1974 se sucedieron una gran cantidad de conflictos laborales en distintas regiones del país y fundamentalmente en la región bonaerense. Si bien las reivindicaciones salariales estuvieron a la orden del día, nos interesan aquellos elementos que emergen de la lógica de los acontecimientos y que reeditan en la capital del país, la experiencia de los trabajadores del Interior de unos años antes. Aparece nuevamente la protesta en torno al modo en que se desenvolvía el trabajo al interior de la fábrica: las acciones van dirigidas contra los ritmos de producción vigentes, la duración de la jornada de trabajo o bien en torno a las condiciones generales del mismo³⁵.

Un segundo punto de contacto es la virulencia que rápidamente adquieren los conflictos, con patronales autoritarias y un rápido pasaje a la acción por parte de los trabajadores. Si los puntos anteriores ameritan que se establezca una ligazón directa entre ambos conjuntos de episodios, el valor de ésta se acrecienta toda vez que comprobamos un tercer elemento común: el surgimiento en el marco del conflicto de instancias organizativas desde las bases, las cuales, funcionan paralela o directamente como reemplazo de comisiones internas previas que han tenido una posición claudicante o de escasa "honestidad". Puede apreciarse entonces que es la revitalización de las comisiones internas como organismos de lucha el elemento a destacar que estos conflictos depositan en el centro de la escena.

Como fuera abordado profusamente por la literatura histórica del primer peronismo, las comisiones internas constituyeron una cuña de control obrero al interior de la fábrica que condicionaron poderosamente las relaciones de poder entre las clases, en un ámbito que hasta mediados de la década del '40 había tenido un incuestionable único amo y señor³⁶. Con la severa derrota de la clase obrera consumada en 1959 y el reestablecimiento de un equilibrio de poder francamente desfavorable, poco a poco las reivindicaciones relativas a las condiciones de trabajo fueron perdiendo peso, viéndose desplazada la negociación de la fábrica hacia el plano sindical nacional. Este debilitamiento de la respuesta que antaño ofrecían los dirigentes locales, socavó su legitimidad ante las bases y en un mismo movimiento, la posibilidad de dicha dirigencia de vehiculizar las demandas cuando volvieran a referirse a las condiciones de trabajo en la fábrica. Cuando a fines de los '60 el equilibrio de fuerzas fue trastocado y los trabajadores pasaron a la ofensiva, lo hicieron a través de la acción directa y creando sus propios organismos desde las bases. No podía ser de otra forma, pues "la brecha de credibilidad

abierta entre los trabajadores y representantes a lo largo de un período en el que las prácticas regulares de negociación habían desaparecido de la empresa³⁷ fue lo suficientemente profunda como para que éstos no pudieran revalidar su pretendida honestidad.

Ahora bien, ¿qué enseñanzas fueron extrayéndose del proceso de lucha, qué lecturas se construyeron de lo que significaba en los hechos el proyecto político y económico peronista que fueran capaces de motorizar las diversas manifestaciones de descontento? ¿Hay en este aprendizaje una mera reproducción de situaciones anteriores o existen elementos novedosos?

“ARMAS A NUESTRA BRONCA, ORGANIZACIÓN A NUESTRO CORAJE, ESTRATEGIA A NUESTRA CONFIANZA”.

La rápida disolución de las OAP en abril del '72, organización que nucleó a Montoneros, Descamisados, FAP y FAR, es indicadora de que no había más que meras coincidencias tácticas entre estas agrupaciones; a decir verdad, en el seno del peronismo revolucionario, había diferencias sustanciales en la valoración de las contradicciones del peronismo y el protagonismo de la clase obrera en el proceso³⁸. En efecto, poco después las FAP-PB profundizarán la búsqueda de la organización propia de la clase obrera y alcanzarán un enlazamiento definitivo entre sí de alcance nacional en el Segundo Congreso Nacional del Peronismo de Base (20 y 21 de octubre de 1973).

Lo interesante a dilucidar es cómo con el proceso abierto en 1973, comienzan a visualizarse a nivel discursivo en las FAP-PB fuertes tensiones y contradicciones, que son hijas del posicionamiento en torno a un poder en manos de la persona por la cual habían luchado para ver en ese lugar y la defensa al mismo tiempo de una organización autónoma que pudiera entrar en conflicto con lo primero. Un comunicado de las FAP ilustra palmariamente esta situación, al establecer:

“Que un gobierno elegido por el pueblo puede utilizarse y defenderse como herramienta de lucha, pero no como el medio principal sino al servicio de la lucha principal que es el fortalecimiento de nuestros propios medios”³⁹

Esta posición de “apoyo crítico”⁴⁰ que estos fragmentos parecerían indicar se mostrará cada vez más difícil de llevar a la práctica. El Pacto Social presentó el primer obstáculo para concretar dicha postura. Desde el primer número de *Militancia Peronista para la Liberación*, identificada por sus propios autores⁴¹ y por numerosos historiadores que han escrito sobre la materia, como una publicación filiada con el “alternativismo”, dicho acuerdo institucional es sometido a un análisis crítico profundo. Las denuncias al Pacto Social también aparecerán tempranamente en los comunicados de las FAP y PB, hecho que contraste con la posición inicial más vacilante de Montoneros⁴². Por otra parte, la postura crítica no dejará de exhibirse en relación a la otra de las columnas de la arquitectura política de Perón: la reforma a la ley de asociaciones profesionales. En el número séptimo de *Militancia*, se denuncia el

artículo que abre la posibilidad de intervención de secciones locales y remoción de sus integrantes, como una “gravísima innovación que alterará decisivamente la independencia de los sindicatos más combativos y permitirá anular todo atisbo de democracia sindical”⁴³.

Ahora bien, el análisis se torna más interesante aún, al comprobar cómo estas duras críticas no se tradujeron lisa y llanamente en una impugnación del liderazgo de Perón y de todo lo que éste significaba. Podemos sostener entonces a modo de hipótesis para trabajos futuros que en el plano de la experiencia de numerosos trabajadores, se dio una tensión entre una lucha que pretendía reeditar y profundizar algunos ingredientes de la experiencia peronista original de 1945-1955 (el papel disruptivo de las comisiones internas entre otras cosas), y la realidad de un personaje en quien habían depositado la confianza de que los ayudaría en el tránsito, y que ahora, daba señales más que suficientes de estar emprendiendo un camino en contrario. Esta tensión no era de ninguna forma sencilla de resolver porque se trataba de un componente muy caro a la experiencia de la clase trabajadora durante la Resistencia⁴⁴.

Para poder lograr un acercamiento a este elemento disruptivo en la experiencia de los trabajadores, puede resultar útil analizar cómo se plantea a nivel de nuestras organizaciones. En un comunicado de la Regional La Plata, al analizar el por qué de la intervención de las provincias gobernadas por cuadros identificados con la Tendencia⁴⁵, se reproduce parcialmente la clásica “teoría del cerco” (expuesta en sus rasgos más acabados por Montoneros y su publicación *El Descamisado*). Decimos parcialmente, porque lo interesante de la posición de las FAP es señalar que la solución, a diferencia de la postura movimientista en torno al trasvasamiento generacional, pasa por “la organización independiente de burgueses y burócratas”. Este señalamiento un tanto ambivalente, se completa con la toma de dos posturas complementarias. La primera posición se circunscribe a un cierto escepticismo sobre el rol de Perón:

“¿Cómo es posible que Perón esté avalando todo esto al no denunciarlo? ¿Cómo es posible que avale a los patrones? Los trabajadores peronistas bien sabemos de la consecuente conducta antiimperialista de Perón *mientras se apoyó en la lucha de los trabajadores en estos 18 años*. Pero los peronistas de base, entendemos que hoy el Gral. Perón al pretender sacar el país adelante, *convocando a los empresarios, no denunciando a los burócratas y no apoyándose fundamentalmente en los trabajadores*, levanta un programa que los patrones y la burocracia hacen suyo [...]”⁴⁶.

La otra posición, cuya presencia en la documentación convive con la primera, se desplaza sobre otro plano: el de la constitución de nuevas formas organizativas y la consiguiente profundización ideológica. Hacia comienzos de 1975 se desató un conflicto en La Hidrófila Argentina a raíz del intento patronal de aplicar un esquema de racionalización, acción repudiada mediante una huelga de siete días. Un documento de las FAP referente al conflicto se torna significativo pues allí aparece por primera

vez qué significa concretamente la tantas veces enunciada “enseñanza” que la clase obrera va extrayendo de su experiencia:

“En esos momentos en que para muchos parecía todo perdido y mientras algunos buscaban salidas desesperadas, tratamos de aportar las enseñanzas que surgían de la experiencia de la clase obrera peronista y que los ejemplos de la lucha de los obreros de Bagley o de los mecánicos cordobeses confirmaban como válidas [...] Convirtieron su puesto de trabajo en puesto de lucha, *dejaron de lado el paro que los desgastaba para organizar la baja de la producción donde cada telar, cada enconadora, cada continúa, se convirtió en un arma que golpeó a la patronal donde más le duele*⁴⁷.

Obsérvese como la enseñanza extraída de la experiencia de luchas previas motiva el cambio de la táctica de lucha. Además, hay en este pasaje un cambio cualitativo implícito que nuestros documentos reflejan claramente. En efecto, otro volante, esta vez del Peronismo de Base en Propulsora Siderúrgica, ilumina la cuestión:

“El problema de fondo es que *controlemos la producción*, no que la detengamos [...] nosotros tenemos que estar al lado de la máquina *haciéndola producir al ritmo y de la forma que nosotros creamos más conveniente para nuestros objetivos* [...]”⁴⁸

El impacto que sobre la conciencia de los obreros tiene el control de la producción es innegable. Por medio de aquél, el conjunto de los trabajadores “empieza a comprender que su destino fatal no es ser una pieza en un engranaje, sino que se puede llegar a manejar el proceso de producción y ponerlo a su servicio”⁴⁹. El control de la producción es la metodología por excelencia que vertebra el proyecto de más vasto alcance impulsado por las FAP-PB desde principios de 1974 y denominado por éstas, “Poder Obrero”. Bien podría decirse que constituye la más alta expresión en términos ideológicos y organizativos del alternativismo. De gran desarrollo en establecimientos fabriles de Buenos Aires (La Hidrófila, Citroën), La Plata (Propulsora Siderúrgica, Petroquímica Mosconi, Huber, UTA, Peugeot), Mar del Plata, Córdoba, Tucumán y Rosario⁵⁰, el Poder Obrero cuenta además como elemento central con la democratización interna de las propias organizaciones y el mandato imperativo de los representantes⁵¹.

El corolario de todos estos desarrollos es la construcción de comisiones o consejos obreros, cuya particularidad reside en ser una estructura diferenciada de las comisiones internas en tanto no se rigen como estas últimas por las leyes concernientes a la estructura sindical. Es interesante cómo estas nuevas formas organizativas son identificadas en los testimonios recabados por Eduardo Pérez, con las agrupaciones obreras peronistas nacidas en forma clandestina y espontánea en 1955. La similitud es trazada en base a su carácter de poder paralelo a las estructuras sindicales y en base a sus reivindicaciones, las cuales, no se acotaban exclusivamente al plano salarial⁵². Lo que interesa obviamente no es la justeza en términos históricos, sino el significado profundo que la construcción de un paralelismo de este tipo posee. La genealogía aporta a estas nuevas formas organizativas nacidas

en el marco de la lucha de 1973-1976 un punto de contacto y de distancia; la filiación de continuidad con experiencias pretéritas de resistencia brinda legitimidad y a la vez, una base de contraste a partir de la cual los valores, las experiencias y las acciones van recibiendo paulatinamente de parte de los actores una nueva significación en el devenir mismo de sus conflictos. La continuidad y el cambio se enlazan así en un mismo movimiento de dotación diferencial de sentido.

Esto también se observa en la cuestión de la dignidad, elemento tantas veces reivindicado por parte de los trabajadores, que vuelve a aparecer en la documentación analizada referente al “poder obrero”. En este nuevo marco de ofensiva patronal secundada cada vez más decididamente por parte del gobierno de Isabel Perón, aquella dignidad se ha poblado de nuevos contenidos. De elemento fundante y amalgama de la experiencia de la clase trabajadora y su adhesión originaria al peronismo⁵³, pasando luego durante la Resistencia a ser una reivindicación de una situación pretérita idealizada, su contenido se ha enriquecido y dirigido hacia formas organizativas más precisas que pugnan por un control de la producción, el ejercicio de la democracia interna y por la transformación estructural de la sociedad toda. El marco de referencia ha sido profundamente trastocado, el significado atribuido entonces no puede ser sencillamente el mismo.

Ahora bien, otra faceta de esta investidura diferenciada de sentido se evidencia también con suma claridad. Tímidamente esbozada aquí y allá en documentos de 1973⁵⁴, a medida que se acelera la ruptura definitiva con Perón y sobre todo luego de la muerte de éste, se enuncia una contraposición inconciliable entre “dos peronismos”. Aquella convivencia planteada entre dos fracciones de clase que dan origen al peronismo y que entran en contradicción hacia mediados de los ‘50 (“¿Por qué somos peronistas?”) es reproducida con un cambio sustancial; la imagen que retrospectivamente se construye ahora del papel de Perón es una donde el líder, promediando su segunda presidencia, ha dado signos de pertenencia al peronismo de “abajo” que resultan equívocos:

“Pero no es cierto que este gobierno no sea peronista [refiriéndose al que preside la viuda de Perón], porque si pensamos eso vamos a estar equivocando el camino, es un gobierno peronista pero del Peronismo Patronal, es el peronismo que denunció Evita y que no la dejó ser vicepresidente, es el que estuvo presente en 1952 en el Congreso de la Productividad cuando Perón nos mandó a Producir, Producir y Producir haciéndole caso a los patronos que reclamaban más ganancia”⁵⁵

Y este “peronismo patronal” continuó presente una vez depuesto el peronismo del poder bajo el ropaje de la traición de la burocracia sindical, tantas veces denunciada. Como lo expresara Jorge Di Pascuale, luego de las encendidas diatribas contra los “infiltrados” del movimiento pronunciadas por el General en su última alocución pública el 12 de junio de 1974, ese peronismo de arriba ha ido desde los inicios a contramano de este otro peronismo, el que reconoce su punto de partida en las jornadas de octubre de 1945 y a ese Perón como uno de sus estandartes; ese peronismo que ha sido

revolucionario en tanto y en cuanto “como clase trabajadora comenzamos a reasumir nuestro papel protagónico en la construcción de nuestra propia historia”⁵⁶; en síntesis, ese peronismo que no se identifica ya con el Perón de 1973:

“Perón hablaba de Justicia Social; este Perón habla de Ley de Asociaciones Profesionales y Perón hablaba de dirigentes corrompidos, este Perón habla de leyes represivas y de secretarios de super-seguridad y Perón habló siempre de que la única garantía era la movilización de la clase trabajadora y su presencia activa en las decisiones [...] El peronismo del pueblo, *el verdadero peronismo, el de la clase trabajadora no ha llegado al gobierno, lo están colocando oficialmente en la oposición*”⁵⁷.

ALTERNATIVAS DE UN LEGADO PROTEICO. CONCLUSIONES.

“Es que las FAP-PB nunca fueron un modelo clásico de organización política cerrada y si bien Pérez prefiere definirla como una suerte de federación de experiencias a lo largo de buena parte del país, ello es aún más lábil en torno al Peronismo de Base, del que con Ortega Peña en aquellos años solíamos decir, que más que una organización, era un *estado de ánimo*, expresión que por cierto no era peyorativa, sino que resumía una actitud colectiva, una toma de posición y un hacer espontáneo que encontraba su unidad, más que en la ligazón organizativa, en el enfrentamiento práctico que implicaba frente a las concepciones burocráticas y movimientistas.” (Duhalde, E.; “Una experiencia militante singular”)⁵⁸.

El pasaje continuo que hemos estado haciendo en este trabajo entre componentes ideológicos “oficiales” de la doctrina peronista y elementos más evanescentes propios de la experiencia viva y de las tensiones en la atribución de sentido a las prácticas sociales, nos obliga llegado este punto a realizar un breve *ex cursu* teórico. Con el objetivo de superar el eterno dilema del marxismo vulgar entre la estructura y la superestructura, nos parece oportuno recuperar entonces, el concepto de “estructuras de sentir” de Raymond Williams, a fin de ir más allá de las creencias sistemáticas y formalmente sostenidas y poder asir los trazos de una conciencia de tipo práctica que se encuentra en proceso, donde la selección, actualización y dotación cambiante de sentido de elementos ideológicos formales viene de la mano del propio desenvolvimiento de los actores en sus relaciones sociales, sus prácticas y su experiencia en tanto tales. Estas experiencias según Williams:

“Son sociales de dos maneras que las distinguen de los sentidos reducidos de lo social, considerado esto como lo institucional y lo formal; primero en el hecho de que son *cambios de presencia* (mientras son vividos esto resulta obvio; cuando han sido vividos, todavía sigue siendo su característica esencial); segundo, en el hecho de que aunque son emergentes o preemergentes, no necesitan esperar una definición, una clasificación o una racionalización antes de *ejercer presiones palpables y de establecer límites efectivos sobre la experiencia y sobre la acción*” (Williams, R.)⁵⁹

Al analizar la Resistencia, James plantea dos mecanismos por los cuales se resuelve esta tensión entre conciencia práctica e ideología formal en el período inmediatamente posterior a 1955⁶⁰. Por un lado se verifica una “interpretación literal de los principios ideológicos tradicionales”, como tratándose de la añoranza a la vuelta de un pasado perdido. El camino opuesto se basa en el

planteamiento de *nociones alternativas* a dichos principios ideológicos. En el relevamiento parcial que hemos hecho de la documentación de las FAP-PB, hemos detectado la convivencia conflictiva de ambos procesos. Antes de entrar en un análisis minucioso de estos *cambios de presencia* observados a través de las fuentes, debemos integrar otras dos categorías analíticas.

Raymond Williams, a la hora de analizar la plasticidad de todo proceso cultural, se refiere en primer término, a *lo residual*, vale decir, todo aquello que todavía desempeña un papel activo en dicho proceso y que no pertenece estrictamente a la cultura dominante⁶¹. El otro conjunto de prácticas que distingue el autor marxista, *lo emergente*, son aquellos “nuevos significados y valores, nuevas prácticas, nuevas relaciones y tipos de relaciones que se crean continuamente”⁶², cuya relación con lo dominante, se vuelve un tanto más compleja, a la hora de precisar qué contenidos son efectivamente alternativos y de oposición, y cuáles son sólo una nueva fase de la cultura dominante.

Comencemos por el primer y quizás más evidente *cambio de presencia*. Hemos visto en los primeros documentos de las FAP cómo tendía a reproducirse sin más la clásica tríada de la doctrina peronista acerca de la patria justa, libre y soberana. Estos lemas doctrinales, anidaron fuertemente en la cultura de fracciones importantes de la clase obrera y alimentaron el fenómeno de la Resistencia. Ahora bien, como señalan diversas fuentes, una vez producida la “defección” de elementos burgueses en el movimiento a partir de 1955⁶³, aquellos contenidos permanecieron con la latencia propia de lo *residual*, prestos a ser dotados de un sentido claramente divergente en el marco del clima revolucionario latinoamericano y de explosión social que acabó con la Revolución Argentina en nuestro país. En los documentos de las FAP pudimos ver cómo poco a poco iba adquiriendo forma una nueva lente, en la cual la experiencia de aquel aislamiento fue la materia prima de un *aprendizaje* central, el de que *sólo desde las bases obreras* es pensable una alternativa social superadora.

Lo antedicho no debe llevar a pensar que esta redotación de sentido efectuada sobre elementos tan caros al legado peronista hizo que éste fuera perdiendo su fuerza, deviniendo cada vez más incapaz de interpelar la propia subjetividad de los trabajadores. Por el contrario, la reivindicación de un buen salario y el trabajo en condiciones dignas, elementos constitutivos de lo que James concibe como una “cultura de taller” forjada durante el primer peronismo⁶⁴, reaparecen aquí y allá, sobre todo en la documentación del PB. Si estas cuestiones ligadas a la justicia social continúan vigentes en el discurso de organizaciones identificadas con un peronismo de abajo y alternativo, ello se debe, creemos, a que el significado que para los trabajadores había tenido el sexenio 1946-1952, como “letra impresa de la realidad cotidiana que existía más allá de las abstracciones de la retórica peronista”⁶⁵, seguía alimentando aún luego de 1973, un fuerte sentimiento de identificación política⁶⁶.

No es menos cierto también que aquella letra no escrita fue sucesivamente objeto de nuevas “impresiones” que extraían su fuerza de la conciencia práctica de los trabajadores, de su experiencia

acumulada sobre todo a partir de mediados de los '60. Así como el orgullo, la solidaridad y la confianza en las propias fuerzas constituyeron valores centrales de la experiencia de la clase obrera post '55⁶⁷ y en buena medida motorizaron el reverdecimiento de las comisiones internas y los delegados de base hacia fines de los '60; este profundo sentimiento de autonomía asumió en el período que tratamos, nuevos contornos.

A través de los documentos de las FAP-PB hemos ubicado algunos trazos de la conciencia práctica que pueden ser conceptualizados como *emergentes* en términos de Williams. Los distintos puntos comprendidos en "la concepción del poder obrero" trascienden la mera reedición de la posición de control que las comisiones internas detentaban en la época peronista. Al ubicar expresamente a los trabajadores como únicos generadores de la riqueza social y al impulsar un cambio estructural que enfáticamente debía ir de abajo hacia arriba, el control de la producción por el cual se brega, asume en este contexto potencialidades revolucionarias ausentes en la época anterior⁶⁸.

En este sentido creo que deberían revisarse algunos de los postulados centrales de Daniel James en *The Peronist Left*, en principio, cuando afirma taxativamente que el nacimiento de una izquierda al interior del peronismo se manifestó históricamente como una acción refleja frente a una progresiva integración hacia el status quo posperonista operado por ciertos sectores sindicales del movimiento. Esto lo conduce a sostener como elemento esencial de su argumentación, la inexistencia de un programa político concreto que diera una especificidad a la izquierda peronista capaz de diferenciarla de otras fuerzas del movimiento⁶⁹.

De los documentos aquí relevados, se desprende que la pertinencia de las afirmaciones de nuestro autor es discutible desde un punto de vista temporal. Dichas aseveraciones parecerían describir más apropiadamente la situación de fuerzas previa al ocaso de la Revolución Argentina, pues como se reflejó en este trabajo, hacia fines de los '60 se manifiesta un clima de explosión social que actúa como terreno fecundo para el surgimiento de fuertes impugnaciones a las burocracias sindicales. En este proceso entroncan las FAP-PB, cuya originalidad residió en haber otorgado gran importancia a estas experiencias y haber ido desarrollando una coherente prédica basista a la par de organismos propios y alternativos que impulsaran esos programas. Y si bien es cierto que no deben confundirse movimientos antiburocráticos con programas revolucionarios hacia la transformación de la estructura social, es claro el elemento rupturista presente en la concepción del poder obrero elaborada por las FAP-PB, que nos habla de algo más y distinto que un mero acto reflejo. Sería interesante para futuros trabajos indagar acerca de los lazos de continuidad entre estas experiencias y el fenómeno de las coordinadoras interfabriles de 1974-1975⁷⁰.

La apropiación del legado peronista operado por las FAP-PB alcanzó también una completa reformulación en términos ideológicos del mismo. En buena medida, las tensiones y complejidades que

notamos en la relación entre el peronismo como movimiento social y como forma de poder, son condensadas en el reconocimiento de dos tradiciones incompatibles al interior del movimiento (una obrera y una patronal). No se trata de renegar ni mucho menos de la experiencia peronista, pues para la mayoría de los trabajadores se trataba de un pasado que iba mucho más allá de tal o cual ropaje ideológico. Aquello que doctrinariamente se sostenía era sometido bajo la potencia del sentimiento, el sentimiento de un momento en el pasado que había significado un quiebre en sus vidas y que continuamente revivido en las luchas del presente, iba sufriendo imputaciones de sentido parcialmente diversas. He aquí el “carácter proteico” que magistralmente pintaba James en referencia al peronismo⁷¹. Como lo expresan diversos testimonios, no puede así sin más abandonarse algo que más de veinte años de historia hicieron sentir a los trabajadores como propio; la tarea más rica reside en bucear en esa experiencia y ajustar el significado de ese legado a los problemas presentes:

“Cuando el peronismo cae mientras la conducción busca el diálogo, somos nosotros la clase trabajadora la que sale a pelearle a la oligarquía y al imperialismo el derecho a determinar nuestro propio destino y en esa determinación luchar por el retorno de Perón. De ese Perón que describimos y desde ese gobierno desde el que pudiéramos fortalecer y profundizar la idea de terminar con la explotación.

Y así desde el peronismo, porque en él nacimos, vamos encontrando los niveles organizativos superadores contra las dictaduras de turno. Las expresiones de lucha que vamos dando y las que hacemos nuestras durante 18 años desde las movilizaciones, las grandes huelgas [...] hasta las acciones armadas de las organizaciones político-militares del peronismo. Es así entonces que *la clase trabajadora es el peronismo mismo, es por eso que el peronista no necesita insertarse en la clase, es la clase misma y le imprime por ello su signo revolucionario*⁷²

¹ James, D.; *Resistencia e integración. El peronismo y la clase trabajadora argentina, 1946-1976*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2005.

² Véase cómo aún partiendo de posición políticas y teórico-metodológicas divergentes, comparten esta cualidad el trabajo sobre Montoneros de Richard Gillespie (*Soldados de Perón*) y *Los setentistas*, de Alejandro Schneider y Pablo Pozzi.

³ James, D.; “The peronist left”, *Journal of Latinamerican Studies*, vol. 8, nº 2, nov. 1976, pp. 273-296.

⁴ Raimundo, M.; “Izquierda peronista, clase obrera y violencia armada. Una experiencia alternativa”, versión digital (www.historiapolitica.com)

⁵ Pérez, E.; “Una aproximación a la historia de las Fuerzas Armadas Peronistas”, en Duhalde, E., y Pérez, E.; *De Taco Ralo a la Alternativa Independiente. Historia documental de las Fuerzas Armadas Peronistas y del Peronismo de Base*, Tomo I: las FAP, Buenos Aires, Editorial De la Campana, 2003.

⁶ Véase entre otros Braun, O.; *El capitalismo argentino en crisis*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1973; O'Donnell, G.; “Estado y alianzas en la Argentina, 1956-1976”, en *Desarrollo Económico*, nº 64, vol. 16, 1977; Gerchunoff, P. y Llach, J. J.; “Capitalismo industrial, desarrollo asociado y distribución del ingreso entre los dos gobiernos peronistas: 1950-1972”, *Desarrollo Económico*, Vol. 15, nº 57, Abril-Junio 1975.

⁷ La mayor parte de estos elementos se desprenden de la Ley de Asociaciones Profesionales sancionada por Frondizi en 1958, pues ésta no sólo garantizaba la no competencia de sindicatos rivales y la centralización de los fondos en la cúpula, sino que a la vez, en las elecciones, concedía todos los cargos directivos a la lista ganadora (sin dar lugar a representación proporcional alguna). Véase, James, D.; *Resistencia e Integración*, op. cit., cap. 7.

⁸ Torre, J.C.; *Los sindicatos en el gobierno (1973-1976)*, Buenos Aires, CEAL, 1983. La “monetarización” del descontento social hace referencia a la progresiva tendencia que fue adoptando la CGT en la década del '60 de negociar aumentos salariales nominales al compás del ritmo inflacionario de la economía, y dejar en un segundo plano, las reivindicaciones de fondo.

⁹ Torre, J.C.; op. cit.; p. 35.

¹⁰ CGT, periódico oficial de la CGT de los Argentinos, 1º de mayo 1968, p. 1. Las cursivas son mías.

¹¹ *Cristianismo y Revolución*, nº 13, p.17.

¹² Para un análisis exhaustivo del significado de estos cambios en el proceso de trabajo de las fábricas automotrices cordobesas, véase Brennan, J.; *El Cordobazo. Las guerras obreras en Córdoba, 1955-1976*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1996.

¹³ James, D.; *Resistencia e Integración*, op. cit., p. 304.

¹⁴ *Cristianismo y Revolución*, nº 26, noviembre – diciembre 1970, p. 4.

¹⁵ “Un año de Taco Ralo”, noviembre de 1969, en Duhalde, E. y Pérez, E.; op. cit., pp. 122-136.

¹⁶ Pérez, E.; op. cit., p. 87.

¹⁷ Luvecoe, C.; op. cit.; p. 105. Véase asimismo, Pérez, E.; op. cit.

¹⁸ Pérez, E.; op. cit.

¹⁹ Luvecoe, C., op. cit., p. 97. La posición contraria al clasismo y el Peronismo de Base, tuvo la defensa del sindicalismo “combativo”; éste asumía al peronismo como un movimiento revolucionario en sí mismo que sólo debía esperar la vuelta de Perón para ver consagrar sus metas.

²⁰ “12 de preguntas a las FAP”, en Duhalde, E. y Pérez, E.; op. cit., p. 153.

²¹ Pérez, E.; “Una aproximación a la historia de las Fuerzas Armadas Peronistas”, en Duhalde, E., y Pérez, E.; op. cit.

²² “La toma del poder será el primer paso para echar las bases de una sociedad que conduzca a la liberación total del hombre, partiendo en lo económico de la socialización de los medios de producción” (“Documento Político Nº 1” en Duhalde, E. y Pérez, E.; op. cit., p. 198).

²³ “Documento Político Nº 1” en Duhalde, E. y Pérez, E.; op. cit., p. 194.

²⁴ “Documento Político Nº 1” en Duhalde, E. y Pérez, E.; op. cit., p. 198. Las cursivas son mías.

²⁵ James, D.; “The peronist left 1955-1975”, véase sobre todo las pp. 280-283. Para un análisis sobre cómo se materializaban en el plano discursivo las concepciones políticas de Montoneros, véase Sigal, S. y Veron, E.; *Perón o Muerte. Los fundamentos discursivos del fenómeno peronista*, Buenos Aires, EUDEBA, 2003.

²⁶ El peronismo es dividido en una “tendencia conciliadora” (representada por el reformismo electoral, el reformismo golpista y el integracionismo vanguardista), una “corriente combativa”, la “tendencia revolucionaria” y por último la “Alternativa Independiente”. Véase “Ampliación del Documento Político Nº 1” en Duhalde, E. y Pérez, E.; op. cit., pp. 218-228.

²⁷ “Ampliación del Documento Político Nº 1”, en Duhalde, E. y Pérez, E.; op. cit., p. 226.

²⁸ “Aguilucho”, noviembre de 1971, en Duhalde, E. y Pérez, E.; op. cit., p. 231. Las cursivas son mías.

²⁹ La posición de las FAP Regional Buenos Aires da cuenta de la fluidez y ambigüedad propias de la coyuntura. Si bien por un lado reivindican la Alternativa Independiente, no dejan de impulsar en la coyuntura de las elecciones de 1973, la inserción del activismo de base en las estructuras del movimiento peronista, relegando a un segundo plano el enfrentamiento antiburocrático. Pérez, E.; op. cit.

³⁰ Pérez, E.; op. cit., p. 82.

³¹ De Riz, L.; *Retorno y Derrumbe. El último gobierno peronista*, Buenos Aires, Hyspamérica, 1986; p. 104.

³² Utilizamos la noción de “pretorianismo” en el sentido ya evocado al tratar la arquitectura del Estado Burocrático – Autoritario instaurado por la Revolución Argentina.

³³ Nos referimos sobre todo al proyecto de ley agraria que pretendía “acabar con el comportamiento improductivo” de la clase terrateniente, al gravar las tierras de acuerdo a su productividad potencial. Como se sabe, el proyecto quedaría finalmente en el tintero, luego de que uno de sus principales defensores iniciales, la burocracia sindical, le retirara el apoyo.

³⁴ Torre, J. C.; op. cit., p. 43.

³⁵ Véase Torre, J. C.; op. cit., p. 83-88, para la descripción de los conflictos más importantes.

³⁶ Véase sobre todo Doyon, L.; *Perón y los trabajadores. Los orígenes del sindicalismo peronista, 1943-1955*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2006, y James, D.; *Resistencia e Integración* y “Racionalización y respuesta de la clase obrera. Contextos y limitaciones de la actividad gremial en la Argentina”, en *Desarrollo Económico*, número 83, volumen 21 (octubre – diciembre 1981).

³⁷ Torre, J. C.; op. cit., p. 92.

³⁸ Estos elementos son específicamente consignados en “Disolución de la Cuatripartita”, abril 1972, en Duhalde, E. y Pérez, E.; op. cit., p.264.

³⁹ “Comunicado de las FAP con motivo del aniversario de la Masacre de Trelew”; 22 de agosto 1973, en *Militancia Peronista para la Liberación*, nº 13, 6 de septiembre 1973. Las cursivas son mías.

⁴⁰ Para una visión más clara de este “apoyo crítico” véanse el documento emitido por la Regional Córdoba en mayo de 1973 (pp. 320-322) y un comunicado de las FAP con motivo de la asunción de Cámpora. Remitimos al lector para su consulta a Duhalde, E. y Pérez, E.; op. cit., pp. 320-322 y 330-331, respectivamente.

⁴¹ En la editorial del primer número se afirma: “*Militancia desde hoy, se propone dar testimonio del accionar del pueblo trabajador que, desde abajo, avanzando en las propias instancias organizativas, en cada conflicto concreto va poniendo al desnudo la estructura de esta sociedad dependiente [...]*”.

⁴² En un comunicado de la Regional Córdoba en julio de 1973, se plantea más que nunca la necesidad de construir la alternativa independiente frente a un gobierno juzgado en términos cada vez más críticos. Entre los elementos de la crítica se destaca que “frente a los intentos de imponernos planes y medidas que nosotros no votamos ni decidimos (como el

Pacto Social) [se vuelve imperativo] rechazarlas de inmediato, impidiendo que los traidores las pongan en práctica". Véase Duhalde, E. y Pérez, E.; op. cit., pp. 350-354.

⁴³ Militancia, nº 7, p. 17.

⁴⁴ Como señala James, en el marco de la opresión que significaba el régimen de la Revolución Libertadora, "el propio Perón se convirtió en la garantía indeclinable y en la condición previa que los protegería contra la recurrencia de ese poder". Véase James, D.; *Resistencia e Integración*, op. cit., p. 141.

⁴⁵ Nos referimos al comunicado aparecido en *Militancia*, nº 8, 2 de agosto de 1973.

⁴⁶ Comunicado del Peronismo de Base Regional Buenos Aires, 12 de octubre 1973, en *Militancia*, nº 19. Las cursivas son mías.

⁴⁷ Duhalde, E. y Pérez, E.; op. cit., pp. 416-417. Las cursivas son mías.

⁴⁸ "Los patrones con lo suyo, nosotros con lo nuestro", Peronismo de Base de Propulsora Siderúrgica, mayo de 1975, en Baschetti, R.; *Documentos 1973-1976. Volumen II: De la ruptura al golpe*, Buenos Aires, Editorial De la Campana, 1999, p. 384. Las cursivas son mías.

⁴⁹ "Punteo sobre el reordenamiento de nuestra práctica", FAP Regional La Plata, sin fecha, en Duhalde, E. y Pérez, E.; op. cit., p. 436.

⁵⁰ Pérez, E.; op. cit.

⁵¹ "La patronal nos declaró la guerra", Peronismo de Base, 30 de junio de 1975. En este volante, el PB llama la atención sobre la necesidad de que la organización independiente de la clase obrera se inicie "eligiendo nuestros propios representantes para que presenten nuestro petitorio a los patrones y dejando claramente asentado que nuestros representantes no pueden dar ni un solo paso sin consultarnos y decidirlo en asambleas de las secciones y de fábrica". Fragmento extraído de Baschetti, R.; *Documentos 1973-1976. Volumen II: De la ruptura al golpe*, p. 393.

⁵² Pérez, E.; op. cit., p. 96.

⁵³ James, D.; *Resistencia e Integración*, op. cit., "Introducción".

⁵⁴ Véase por ejemplo "Los senderos que se bifurcan" en *Militancia*, nº 17, 4 de octubre de 1973.

⁵⁵ "La patronal nos declaró la guerra", Peronismo de Base, 30 de junio de 1975, en Baschetti, R.; p. 390. Las cursivas son mías.

⁵⁶ "El peronismo es de la clase trabajadora", Jorge Di Pascuale, junio de 1974, en Baschetti, R.; p. 93.

⁵⁷ "El peronismo es de la clase trabajadora", Jorge Di Pascuale, junio de 1974, en Baschetti, R.; pp. 93-94. Las cursivas son mías.

⁵⁸ Duhalde, E.; "Una experiencia militante singular", en Duhalde, E. y Pérez, E.; op. cit., p. 20. Las cursivas son del autor.

⁵⁹ Williams, R.; op.cit. Las segundas cursivas son mías.

⁶⁰ James, D.; "Ideología y conciencia de la Resistencia Peronista", en *Resistencia e Integración*, pp. 128-147.

⁶¹ "Ciertas experiencias, significados y valores que no pueden ser expresados o sustancialmente verificados en términos de la cultura dominante, son, no obstante, vividos y practicados sobre la base de un remanente –cultural tanto como social- de alguna formación o institución social o cultural anterior". En Williams, R.; op. cit., p. 144.

⁶² Williams, R.; op. cit., p. 145-146.

⁶³ "Esta contrarrevolución provoca la primera depuración en el Movimiento: los claudicantes, los traidores fueron quedando al descubierto, quedando integrado casi exclusivamente por la clase trabajadora. Se forja así *La Resistencia Peronista*' (subrayado en el original), comunicado del Peronismo de Base Tucumán, en *Cristianismo y Revolución*, nº 30, septiembre 1971.

⁶⁴ Esta cultura, señala James, "traducía la nueva posición social y política de la clase trabajadora en la sociedad argentina a una serie de supuestos y afirmaciones a menudo informales, acerca de lo que los empleadores tenían o no derecho de exigir a sus trabajadores en el marco del proceso de producción" (James, D.; *Resistencia e Integración*, op. cit., p. 88).

⁶⁵ James, D.; *Resistencia e Integración*, op. cit., p. 88.

⁶⁶ "El Peronismo Alternativo de fines de los años sesenta se funda en una reinterpretación del componente herético y basista de la ideología peronista «original» y de allí que su otro nombre, «el peronismo de abajo» exprese una contradicción latente que se manifestó primordialmente al interior del peronismo, una vez superada la proscripción". Luveco, C.; op.cit.; p. 31.

⁶⁷ James, D.; *Resistencia e Integración*, op. cit.

⁶⁸ Véase para el contraste a James, D. y Doyon, L.; op.cit.

⁶⁹ Véase James, D.; "The peronist left", op. cit., p. 276-277.

⁷⁰ En el estudio más acabado hasta el momento sobre las coordinadoras interfabriles, el autor Héctor Löbbe, desde una perspectiva gramsciana, al analizar el potencial revolucionario de estos organismos, señala como dos elementos característicos de aquellas formas de lucha, la democracia interna y la política hacia el control de la producción, ambos elementos cabales del "poder obrero" de las FAP-PB. Véase Löbbe, H.; *La guerrilla fabril. Clase obrera e izquierda en la Coordinadora de Zona Norte del Gran Buenos Aires (1975-1976)*, Buenos Aires, Ediciones RyrR, 2006.

⁷¹ James, D.; *Resistencia e Integración*, op. cit., "Conclusión".

⁷² "El peronismo es de la clase trabajadora", Jorge Di Pascuale, junio de 1974, en Baschetti, R.; *Documentos 1973-1976. Volumen II: De la ruptura al golpe*, p. 93. Las cursivas son mías.

BIBLIOGRAFÍA

- ❖ Brennan, J.; El Cordobazo. Las guerras obreras en Córdoba, 1955-1976, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1996.
- ❖ De Riz, L.; Retorno y Derrumbe. El último gobierno peronista, Buenos Aires, Hyspamérica, 1986.
- ❖ Doyon, L.; Perón y los trabajadores. Los orígenes del sindicalismo peronista, 1943-1955, Buenos Aires, Siglo XXI, 2006.
- ❖ Frenkel, R. y O´Donnell, G.; Los programas de estabilización convenidos con el FMI y sus impactos internos, Buenos Aires, Estudios CEDES, 1978, vol. 1, n° 1 (2ª edición).
- ❖ Gillespie, R.; Soldados de Perón. Los Montoneros, Buenos Aires, Grijalbo, 1987.
- ❖ Hall, S.; "Notas sobre la reconstrucción de lo popular", en Samuel, R. (ed.); Historia popular y teoría socialista, Barcelona, Crítica, 1984.
- ❖ James, D.; Resistencia e integración. El peronismo y la clase trabajadora argentina, 1946-1976, Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 2005.
- ❖ James, D.; "The peronist left", *Jornal of Latinoamerican Studies*, vol. 8, n° 2, nov. 1976, pp. 273-296.
- ❖ James, D.; "Racionalización y respuesta de la clase obrera. Contextos y limitaciones de la actividad gremial en la Argentina", en *Desarrollo Económico*, número 83, volumen 21 (octubre – diciembre 1981).
- ❖ Lanusse, L.; Montoneros. El mito de sus 12 fundadores, Buenos Aires, Vergara, 2005.
- ❖ Lobbe, H.; La guerrilla fabril. Clase obrera e izquierda en la Coordinadora de Zona Norte del Gran Buenos Aires (1975-1976), Buenos Aires, Ediciones RyR, 2006.
- ❖ Luvecce, C.; Las Fuerzas Armadas Peronistas y el Peronismo de Base, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1993.
- ❖ O´Donnell, G.; El Estado Burocrático Autoritario, Buenos Aires, Editorial de Belgrano, 1980.

-
- ❖ O´Donnell, G.; “Estado y alianzas en la Argentina, 1956-1976”, en Desarrollo Económico, nº 64, vol. 16, 1977.
 - ❖ Ollier, M.; La creencia y la pasión. Privado, público y político en la izquierda revolucionaria, Buenos Aires, Ariel, 1998.
 - ❖ Pérez, E.; “Una aproximación a la historia de las Fuerzas Armadas Peronistas”, en Duhalde, E., y Pérez, E.; De Taco Ralo a la Alternativa Independiente. Historia documental de las Fuerzas Armadas Peronistas y del Peronismo de Base, Tomo I: las FAP, Buenos Aires, Editorial De la Campana, 2003.
 - ❖ Pozzi, P. y Schneider, A.; Los setentistas, Buenos Aires, Eudeba, 2000.
 - ❖ Pucciarelli, A. (ed.); La primacía de la política. Lanusse, Perón y la Nueva Izquierda en tiempos del GAN, Buenos Aires, EUDEBA, 1999.
 - ❖ Raimundo, M.; “En torno a los orígenes del peronismo revolucionario”, en Taller. Revista de sociedad, cultura y política, vol. 3, nº 12, Buenos Aires, 2000.
 - ❖ Raimundo, M.; “Izquierda peronista, clase obrera y violencia armada. Una experiencia alternativa”, versión digital (www.historiapolitica.com).
 - ❖ Raimundo, M.; “La política armada en el peronismo”, versión digital (www.historiapolitica.com).
 - ❖ Salas, E.; “Cultura popular en la primera etapa de la resistencia peronista (1955-1958), en Secuencias, nº 30, México, Instituto Mora, 1994.
 - ❖ Schneider, A.; Los compañeros. Trabajadores, izquierda y peronismo 1955-1973, Buenos Aires, Imago Mundi, 2005.
 - ❖ Sigal, S. y Veron, E.; Perón o Muerte. Los fundamentos discursivos del fenómeno peronista, Buenos Aires, EUDEBA, 2003.
 - ❖ Torre, J.C.; Los sindicatos en el gobierno (1973-1976), Buenos Aires, CEAL, 1983.
 - ❖ Thompson, E.; “¿Lucha de clases sin clases?”, en Thompson, E.; Tradición y conciencia de clase, Barcelona, Crítica, 1990.
 - ❖ Williams, R.; Marxismo y literatura, Barcelona, Península, 1980.

FUENTES DOCUMENTALES

- ❖ Baschetti, R.; Documentos de la Resistencia Peronista
- ❖ Baschetti, R.; Documentos 1970-1973. Volumen I: De la guerrilla peronista al gobierno popular, Buenos Aires, Editorial De la Campana, 2004.
- ❖ Baschetti, R.; Documentos 1973-1976. Volumen I: De Cámpora a la ruptura, Buenos Aires, Editorial De la Campana, 1996.
- ❖ Baschetti, R.; Documentos 1973-1976. Volumen II: De la ruptura al golpe, Buenos Aires, Editorial De la Campana, 1999.
- ❖ CGT, publicación oficial de la Confederación General del Trabajo de los Argentinos.
- ❖ Cristianismo y Revolución (edición digitalizada por el CEDINCI)
- ❖ Duhalde, E., y Pérez, E.; De Taco Ralo a la Alternativa Independiente. Historia documental de las Fuerzas Armadas Peronistas y del Peronismo de Base, Tomo I: las FAP, Buenos Aires, Editorial De la Campana, 2003.
- ❖ Militancia Peronista para la Liberación (publicación semanal identificada con el "peronismo alternativo")